

# Teatro Petul

Por Rosario CASTELLANOS

Con ellos, con los indios (aunque para evitar esta palabra que había llegado en nuestro medio a equivaler a un insulto les llamábamos oficialmente los indígenas) nuestro problema era el mismo que el del angustiado hombre contemporáneo: el de la incomunicación. Sólo que lo que nos urgía comunicar no eran ni vivencias sublimes, ni sensaciones del mundo, ni atisbos del ser de la divinidad, sino avisos útiles, recetas elementales para que la miseria les resultara menos agobiante y la ignorancia menos total. Era preciso decirles todo: que eran personas humanas, que su patria era México, que el viento no estaba encerrado en una cueva, que los microbios existían y eran dañinos, que el hambre no constituía un estado natural sino era un mero accidente. Era preciso decirles todo. ¿Pero en qué idioma? Los de ellos, dialectos derivados y envilecidos del maya, eran conocidos nada más por los especialistas en lingüística. Y éstos eran escasos —para no decir que había uno solo— y necesitaban largos años de adiestramiento después de los cuales eran solicitados por los diversos Centros Coordinadores que el Instituto Nacional Indigenista tiene establecido en diversos puntos de la República y aun requeridos por organismos extranjeros. A Chiapas, a San Cristóbal, por el hecho de ser un Centro Piloto, le correspondía el privilegio de contar con uno de ellos, con El Lingüista. Uno debía bastar para adentrarse en las infinitas variantes dialectales con que rompían la unidad primitiva de su lengua los ciento diez mil habitantes de la zona sobre los que ejerce vigilancia el Instituto. Uno debía bastar para reducir tales variantes a reglas gramaticales fijas, para elaborar cartillas de alfabetización, para sorprender los mecanismos de pensamiento y representación de quienes eran —sí, éste es el término exacto— nuestros antagonistas.

¡Si supiéramos cómo tener acceso hasta ellos para romper la costra de su abyección y hacerles recuperar la memoria de su dignidad y erguirlos e inquietarlos y hacerlos moverse con soltura en un terreno desconocido: el de la igualdad! Porque no se trataba de dar órdenes a un rebaño de siervos ni de obligarlos a que ejecutaran esas órdenes recurriendo, incluso, a la violencia. Se trataba de convencer, de compartir, de comunicar. Y como los medios de comunicación más inmediatos no eran siquiera las figuras (porque los objetos les resultaban difícilmente reconocibles al través de los signos con los que hemos convenido en mostrarlos) había que recurrir a la palabra. No escrita, hablada; no inerte, en movimiento; no abstracta, sino revestida de una encarnación. En suma, la palabra hecha teatro. Sin actores porque ¿cuánto tiempo habría requerido formar uno? Tal vez más que el que consumía para su aprendizaje un lingüista. Con muñecos, entonces. Muñecos accionados por las manos de operadores indígenas, vestidos con un traje idéntico al de la región que se visitara; con acento semejante al del auditorio que iba a escucharlos; con problemas que reflejasen los problemas de quienes acudían en tropel a una diversión tras de la cual se enmascaraba el aleccionamiento.

Así es el Teatro Guiñol del Centro Coordinador Tzeltal-Tzotzil, con sede en La Cabaña, San Cristóbal, metrópoli cultural de los Altos de Chiapas. (Tzeltal-Tzotzil... ¿es el nombre de alguna princesa autóctona?, preguntó una poetisa visitante, que se resistía, con todas las fuerzas de su imaginación romántica a creer en la evidencia antropológica del trabalenguas.) Pero todos lo conocen por Teatro Petul. Porque Petul o Pedro es el protagonista de las aventuras, el prototipo del hombre avisado, abierto a las noticias que le traen sus amigos mestizos o



*"nuestro problema era el mismo que el del angustiado hombre contemporáneo: el de la incomunicación"*

blancos, gracias a cuya intervención el desenlace resulta siempre un triunfo de la inteligencia sobre las supersticiones, del progreso sobre la tradición, de la civilización sobre la barbarie. Y la pareja de Petul es Xun, su contraparte, el indígena típico, reacio, al principio, a aceptar los consejos y las indicaciones del otro. El que se niega a asistir a la escuela pretextando trabajos impostergables y suponiendo que su asistencia no es más que un modo de la holgazanería; el que desdena las sugerencias de los técnicos agrícolas para el cultivo de su parcela; el que en vez de consultar a un médico o presentarse en una clínica para recuperar su salud, llama al brujo; el que no quiere prestar su ayuda para la construcción de caminos vecinales; el que no permite que se entube el agua porque es una profanación de los manantiales sagrados; el que permite que sus hijos mueran de tos ferina porque los ha ocultado para evitar que fueran vacunados; el que entrega su tierra a la rapacidad de los ladinos porque no sabe que existe una ley que lo protege; el que encuentra en el alcohol el camino de la sabiduría, del olvido, del aturdimiento; el que considera que cumple con una obligación cuando asesina al que hace mal de ojo; el que destila aguardiente de contrabando; el que lapida al que se aventura, sin defensa, hasta su paraje; el que incendia los poblados de quienes, en sus oraciones, invocan nombres diferentes de los que él venera; el que se deja esquilar por el enganchador y soporta el robo cotidiano de la atajadora; el que cree que su condición es destino y su padecimiento castigo y su conformidad obediencia y su inercia virtud. Pero al final de cuentas Xun, después de todo ente de ficción, abandona sus errores redimido, no tanto por razones ni por experiencias adversas, sino por el ejemplo optimista de Petul.

Petul. Alrededor de este personaje inventado por Marco Antonio Montero, nos congregamos durante dos años, seis hombres indígenas y yo. Seis: Teodoro, Pedro y Juan, los tzotziles. Sebastián, Juan y Jacinto los tzeltales. Entre todos cargábamos la impedimenta (palos, mantas, cofres con vestuario) y emprendíamos la peregrinación, al través de largos y abruptos caminos, hasta la plaza de una cabecera municipal, populosa el día de mercado; hasta los caseríos dispersos en las laderas de las colinas y en los valles. Allí, a la vista de todos, se armaba el foro. Ante los preparativos la gente abandonaba sus quehaceres o sus transacciones comerciales para presenciar un espectáculo. No conocen otro. Y éste les parece inexplicable, misterioso y fascinador. Suspensos, los niños, los hombres y las mujeres, los ancianos, contemplaban el desarrollo de la acción que sucedía en el escenario. Los más arriesgados se aproximaban; los más curiosos trataban de alzar las cortinas; algunos se atrevían al diálogo. Y eran interlocutores respetuosos, corteses, graves, como si hablaran con alguien de su condición, de su tribu, de su gente.

Petul, manipulado siempre por Teodoro y Sebastián, comenzaba saludando por su nombre a algunos de los espectadores. O por su apodo. O preguntando por la marcha de alguno de los asuntos pendientes de la comunidad. ¿Es un amigo? Sí, ha dado pruebas de ello. Entonces hay que escucharlo con atención. ¿Qué hace ahora? ¿Busca a Xun? Todos ayudan a encontrarlo, todos están tomando ya parte activa en esta "comedia de equivocaciones" que nos sirve para romper la reserva, para aproximarnos. Después viene la pieza formal. Intervienen en ella muñecos que figuran seres humanos pero también animales, elementos, objetos. Lo inanimado se anima, lo mudo se expresa, lo oculto se revela. Pero no queremos que el público reciba nuestro mensaje pasivamente sino que lo obligamos, irritándolo, a que exponga sus objeciones, a que desahogue sus reticencias. Petul les interroga a fin de convencerse de que han interpretado correctamente sus palabras, de que su voluntad para cumplirlas es buena. Por último, como premio, finge nuevos lances divertidos, hace reír todavía un rato más.

Una vez cumplida su misión, Petul vuelve al taller. Allí es pintado y vestido; allí se ensayan los textos que yo redacto siguiendo las instrucciones de los jefes de sección. El de Salubridad, por ejemplo, necesita iniciar una campaña contra el tifo. El de Educación está empezando a poner en práctica el sistema de la Escuela Abierta. Al de Comunicaciones le faltan brazos para abrir una brecha de penetración. Hablan conmigo, me explican los puntos esenciales del problema, me señalan los malentendidos que se quieren superar y el fin que se ha de conseguir. Yo escribo un borrador que ellos corrigen, al que añaden aclaraciones o suprimen ambigüedades y hasta que no tengo su visto bueno no puedo considerar un texto como definitivo. Sobre él trabajaremos ahora mis seis compañeros y yo.

El primer paso es traducir. Ellos hablan un español rudimentario y paupérrimo. Yo no sé más que palabras aisladas de su



"interlocutores respetuosos"

dialecto. Acabamos de entendernos a fuerza de ademanes, de perífrasis, de entonaciones de la voz. En última instancia recurrimos al lingüista para que apruebe la exactitud de la traducción.

No puede exigírsele a esta gente, tan poco acostumbrada al ejercicio de sus potencias intelectuales, que memorice sus parlamentos. Además, sería inútil. A la hora de la representación hay que improvisar para responder a emergencias no previstas. Basta con que entiendan la idea principal y con que sigan la línea general de su desarrollo. Y para esto, hablamos. Yo me esfuerzo en pronunciar lenta y claramente las palabras; en escoger las más sencillas, las más a su alcance. Ellos asienten con una docilidad que no acaba de gustarme. ¿Por qué no me exigen aclaraciones? ¿Por qué no me oponen argumentos? ¿Por timidez? Sí, son tímidos. En una ocasión que viajábamos los muchachos tzeltales y yo, yo iba adelante, a pesar de que era la única que no conocía el camino y ellos me seguían con un paso rápido y sumiso. Tuvieron oportunidad de observar cómo se aflojaba la cincha de mi montura, cómo resbalaba —de un modo casi imperceptible— sobre las ancas del caballo que jadeaba ascendiendo una pedregosa cuesta. Cómo, en fin, caíamos al suelo, confundidas, mi montura y yo. No se atrevieron a avisarme lo que sucedía porque era una falta de respeto suponer que yo, una *caxlana*, no era infalible, aunque miles de veces hubiera comentado con ellos, y reído de mi nula habilidad como jinete. Había ese antecedente, pues, y hubo otras experiencias. Por ejemplo, cuando terminamos una jira de más de un mes por la zona tzotzil en la que repetimos, a todas horas, cuáles eran las precauciones que había que tomar para evitar la tifoidea. Entonces Pedro, que participó muy activamente en esa jira, faltó una vez. Supuse que era por cansancio y me equivoqué. Era por duelo. Uno de sus hijos había muerto de tifoidea. En su casa no hervían el agua. ¿Por qué habrían de hacerlo? ¿Porque él, Pedro, lo predicaba? Pero no era Pedro el que había hablado, el que había aconsejado. Era el muñeco, era su personaje y de lo que éste dijera o hiciera no podía volverse responsable.

Si para los manipuladores del guiñol era impreciso el límite entre lo real y lo imaginario, mucho más tenía que serlo para el auditorio. A nosotros (¿quiénes éramos, después de todo, sino una ladina, una enemiga por su raza, y seis renegados de la suya?) era posible vernos con desconfianza y tratarnos con reticencia. Pero cuando reflexionaban en que éramos también los portadores de Petul, se les borraba el ceño y se volvían hospitalarios y amables. A Petul le regalaban naranjas, porque las caminatas tal vez le daban sed. A Petul le barrían los atrios de los templos o los patios de las escuelas para que su recibimiento fuera digno de su rango. A Petul se le solicitaba para padrino de los niños, para influencia benéfica sobre los animales. Petul hubiera sido huésped de honor de las celebraciones religiosas, hubiera presenciado los ritos secretos, hubiera presidido las ceremonias últimas. Petul, en quien veían a un protector de la fertilidad de la tierra y de los hombres. Petul, de quien quisimos hacer un *hombre de razón* y se nos convirtió en un mito y en una fuerza natural.

Petul vive todavía y las manos de Teodoro lo hacen manifestarse ante los ojos maravillados de nuestros indios. Anda por las sierras de Chiapas, junto al Negro Cimarrón, junto a la Bájate-carne, platicando con sus creyentes.